

Cesáreo nació media hora después que Miguel, justo el tiempo que tardaron en sacarlo del vientre de su madre ya muerta. La abuela no quiso ocultar ni el parto doble ni el entierro de su única hija, así que paseaba cada día a los niños por las calles del barrio. ¡Ni deshonra ni desdicha!, les gritaba a las vecinas que se asomaban de reojo para comprobar si estos se parecían a sus maridos.

Compartían la cama de madera y el vaso de leche del desayuno, y crecieron con las ojeras marcadas y el pelo como si todavía no hubieran salido de la posguerra. A los cuatro años, Miguel cargaba con las bolsas cuando venían del mercado; Cesáreo, en cambio, apenas se mantenía en pie y caminaba por la salita apoyándose en los muebles. Eso es culpa de tu madre, que te agarró fuerte de las piernas para llevarte con ella. Un día, mientras pelaban mandarinas, la abuela se comió un gajo y se ahogó; la pudieron ver tendida sobre la mesa de formica de la cocina antes de que las monjas se los llevaran de allí.

Pasaron la infancia acogidos en el patronato de la ciudad, un edificio rodeado de escombros y paleras en el que, a los huérfanos, las mangas del jersey no les llegaban a las muñecas. De sus aulas, Cesáreo salía entusiasmado con los planetas y la poesía, y Miguel, con la vara del profesor clavada en los nudillos. ¡Si te aplicaras como tu hermano... Parecéis dos mitades por ensamblar! Todas las tardes, Cesáreo se acercaba renqueando a su hermano en el patio para recordarle que dejara de malgastar el tiempo con la pelota.

El día de la excursión al pantano, los niños le escondieron a Cesáreo las muletas y tuvo que quedarse apoyado en una piedra del camino; era ya de noche cuando Miguel cruzó la verja del colegio con su hermano, abatido y cargado en su espalda. En ese entonces a Cesáreo le aparecieron las pesadillas, y era rara la mañana en la que Miguel no amanecía tumbado a su lado. También, poco a poco, olvidó las tablas de multiplicar y dejó de vocalizar el padrenuestro, por lo que tuvieron que desecharlo del equipo que competía en 'Cesta y puntos'. Para el último verano en las colonias, Cesáreo ya solo balbuceaba y había dejado completamente de caminar, así que se quedaba en el módulo de cuidados hasta que su hermano lo recogía antes del corte de luz en la cabaña. Se juntaron el uno al otro y nunca hicieron ningún amigo.

A los catorce años, como Miguel se había demostrado incapaz de redactar en los exámenes algo más que su nombre, comenzó a trabajar en el mantenimiento del patronato. Se le veía empujar, unas veces, la carretilla llena de ladrillos y, otras, la silla de ruedas que su hermano había heredado de la última religiosa bajo extremaunción. El capataz lo miraba con aversión. ¡Anda y tira con aquél, que es a lo único que le pones empeño! Miguel se dirigía a Cesáreo despacio, se agachaba hasta él y le cogía las manos para explicarle la construcción de las últimas escaleras que habían enyesado, pero únicamente era correspondido con culebras y aspavientos. No fue hasta cumplir la mayoría de edad cuando empezaron



RENDIBÚ 18

FESTIVAL DE ARTES

Hasta el 17 de mayo se difundirán los trabajos del concurso en 'La Verdad' y laverdad.es
RENDIBÚ: El arte toma los medios

RELATOS

CARNAL

AURELIA COTTA (PSEUDÓNIMO)



M. SAURA

a dormir separados: a Miguel lo mandaron al servicio militar, por lo que a Cesáreo lo internaron en un centro de especialidades. El primero pasó dos años en las cocinas de Candanchú, y volvió sordo de un oído por la

paliza de una noche de imaginarias en la que se acercó demasiado a un recluta porque echaba de menos a su hermano. Cesáreo, en cambio, sorprendió a los celadores del centro al suavizar tanto su expresión

como su carácter. Y con el tiempo, aprendió a vestirse, a peinarse e incluso a suavizar la navaja con una correa de cuero para poder afeitarse.

No fue hasta varios años después cuando les dieron las llaves de la casa en la que nacieron. Podían volver a vivir allí bajo el amparo de las ayudas sociales que subvencionaba la nueva democracia. A pesar del entierro que se estaba celebrando en la ermita, la tarde que llegaron se formó una revolución, y en el barrio no se habló de otra cosa durante varias semanas. ¿Has visto que han vuelto? Uno se quedó tonto. Están todo el día peleándose a gritos. Aunque tuvieron que tirar la mayoría de los muebles, la casa lucía como si nunca hubiera habido ratas. Se adaptaron enseguida a la vida del barrio: a los chismorreos de la tendera, a la furgoneta del panadero y hasta a la vecina de enfrente, que les hacía la vida imposible desde que llegaron. Les dejaba la basura en la puerta, les tiraba cubos de lejía en la ropa seca y una vez metió una corteza de pipa en la cerradura para que no pudieran entrar. Al volver de una de las revisiones médicas de Cesáreo, el trayecto estaba tan lleno de piedras que la silla de ruedas no pudo pasar de los primeros nisperos que sombreaban la acera. Miguel no paró de insultar a la vecina. ¡Cornuda, con razón tu marido os abandonó! A ella la cara le ardía cuando salió con dos escobas en alto. ¡Muertos como la puta de vuestra madre tendríais que estar! Cesáreo se descuajeringaba con cada escobazo que recibía su hermano.

La hija de la vecina tenía dieciséis años y, en una de las revisiones de los servicios sociales en casa de los hermanos, le ofrecieron trabajar atendiendo a Cesáreo durante las horas que Miguel estuviera en la lonja. Al enterarse de lo que hacía, la madre cruzó la calle y se la llevó arrastrando hasta su casa. ¡Trabajar quitándoles la mierda a esos bastardos! ¡Sois los tres iguales! ¡Cómo no, si es que la sangre llama! Miguel, que pasaba con una barra de hielo en el hombro hacia la pescadería, vio después a las dos cargadas con maletas para subirse al autobús del pueblo. Nadie volvió a saber nada hasta que, quince años después, al conocer el testamento de su madre, Victoria volvió al barrio, subió las persianas y se instaló de nuevo frente a los hermanos, que eran todo lo que le quedaba en la vida.

El tercer milenio llegó y moteó las calles de locutorios y carnicerías. La gente de siempre ya había terminado de marcharse mientras ellos resistían allí. Tras su vuelta, Victoria compaginaba los cuidados de Cesáreo con un curso a distancia de auxiliar de en-

fermería. Además, una vez a la semana les limpiaba con guantes los sanitarios y la cocina, aunque adelantaba su visita cuando, desde su ventana, veía a Miguel tres días seguidos con la misma ropa. Éste nunca quería dejar solos a los dos ni un momento, y resoplaba cuando ella le explicaba cómo tenía que darle la medicación a su hermano. A ver cómo te crees que ha aguantado más de cincuenta años. Por su santo, Victoria le regaló a Cesáreo un gato para que pasara las tardes en su regazo. Miguel no lo soportaba, y, cuando de noche lo sentía a los pies de la cama de madera ya astillada de su hermano, lo estrujaba por el cuello hasta dejarlo sin pelo y lo encerraba hasta la mañana siguiente. Un día, mientras esperaba a que terminaran de secarse los azulejos, Victoria sacó una carta de su bolso y la puso sobre la mesa de plástico plegable que presidía el salón. Habían admitido a Cesáreo en una residencia. ¡No se irá! ¡Yo lo he cuidado siempre! Miguel hizo brincar a patadas las sillas y estrelló al gato contra la pared. A Victoria el maquillaje se le cuarteaba. ¡Ya no eres el único que se preocupa por él! Se siguieron gritando por el pasillo hasta que Miguel cogió a Victoria de la muñeca y, retorciéndosela, la sacó de la casa.

Los hermanos ya tenían canas y arrugas cuando, después de cambiarle el empapador a la silla de Cesáreo, Miguel notó que se comportaba de modo extraño. Mientras lo duchaba, tenía la mirada perdida y apenas podía mantener los brazos levantados. Miguel buscó bajo el sofá el teléfono móvil que les había dejado Victoria antes de irse y la avisó. Pasaron varias semanas en el hospital, y como todos se quejaban de que junto a ellos no podían respirar, Victoria consiguió una habitación separada que Miguel no abandonaba en toda la jornada. Por toda la planta se distinguía a Cesáreo gritando que él estaba mejor muerto que vivo.

Pero llegó la noche en que esos gritos fueron distintos. Victoria se acercó arrastrando los pies desde el mostrador de enfermería hasta la última habitación del pasillo. Mientras lo hacía, se sacaba del bolsillo los dos tranquilizantes que había cogido del botiquín. Cuando abrió la puerta, se encontró a Miguel encima de la cama, sin pantalones, sentado a horcajadas y perfectamente ensamblado sobre el pecho de Cesáreo. En la postura que cada noche desde el colegio llevaba practicando. La única diferencia era que, esta vez, Miguel no sujetaba la cabeza de su hermano para atraerla hasta su miembro, sino que agarraba con fuerza la navaja de afeitar con la que Cesáreo acababa de rajarle el ombligo de la misma forma que habían hecho con su madre para alumbrarlo.

El barrio albergó al tiempo bazares chinos donde comprar tabaco y papel de liar, y aunque en la última legislatura enjalbegaron la pared de la iglesia, las pintadas siguen cubriendo los bancos del parque entre bolas de papel de aluminio y cascos de cerveza rotos. Cerca de allí, en los contenedores quemados tras el asentamiento gitano, un gato pelado destripa una paloma a zarpazos entre las patas carcomidas de la antigua cama de madera.